

Segundo Domingo del Tiempo Ordinario/ Ciclo A

“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”

RIXIO G. PORTILLO R.
RAYMUNDO A. PORTILLO R.
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

Este domingo lo iniciamos en medio del Tiempo Ordinario, período litúrgico en el que la Iglesia como madre y maestra que nos educa en la fe, nos irá enseñando con una lección continua, a través del evangelio, el desarrollo de

la misión y el mensaje salvífico de Jesús.

La escena evangélica de hoy es el eslabón entre el domingo pasado y este; y nos muestra precisamente el testimonio de Juan el Bautista en medio de la gente, es el gran anuncio de la llegada del Mesías esperado por Israel, la aparición del Cordero de Dios que quita los pecados del

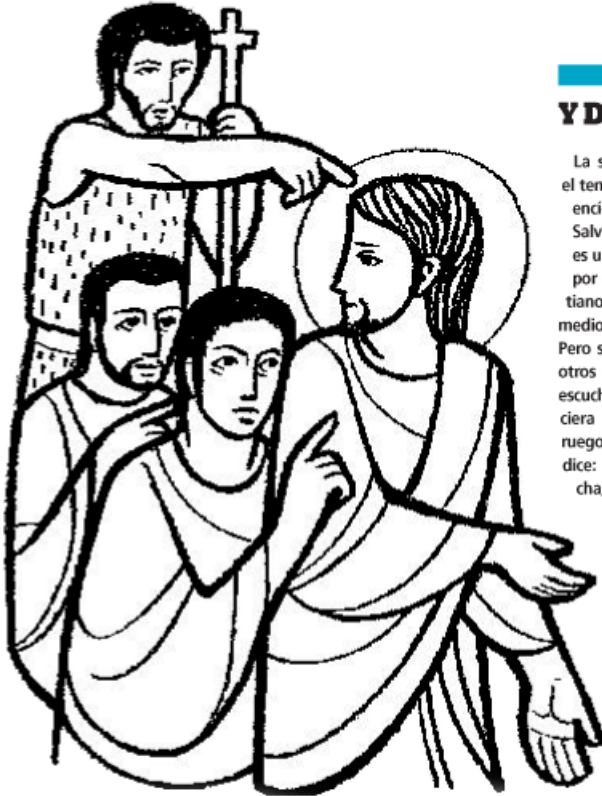
mundo.

Es el inicio de la misión de Jesús, y sin embargo éste se muestra silencioso, deja que sea Juan quien hable, quien dé testimonio. El silencio de Cristo muestra la condición propia del siervo, anunciado por Isaías; el siervo que aprendiendo a obedecer calla para dejar que sea Dios quien hable a través de su persona y su

actuación.

Es así como Cristo se presenta como el Cordero silente de Dios, y lo es por que como la oveja llevada al matadero calla y no abre la boca; entiende que con su entrega se cumplirá la voluntad del Padre, que su misión no es sólo anunciar el Reino de Dios, sino instaurarlo en su propia persona inmoluta.

El evangelio de hoy presagia de alguna manera lo que Jesús vivirá algunos años después junto a Pilatos antes de su pasión, allí de nuevo será presentado a la gente, pero ya no como el Cordero, sino como el hombre, y también guardará silencio, dejará que sea su obra redentora la que hable de su misión y anuncie la redención, y el perdón de los pecados.



Y Dios... ¿escucha mi oración?

La semana pasada plantábamos el tema de la oración a la luz de la encíclica de Benedicto XVI Spe Salvi, y decíamos que la oración es un diálogo de amor con Dios, y por eso se convierte para los cristianos en escuela de esperanza, en medio de la vida y los sufrimientos. Pero seguramente muchos de nosotros hemos pensado que Dios no escucha nuestra oración, que pareciera hacerse el sordo a nuestro ruego; y no creemos lo que el Papa dice: “Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha.

Cuando ya no puedo hablar con ninguno, siempre puedo hablar con Dios”. Pensamos todo lo contrario -cuando oro Dios no me escucha- y el rezar se convierte lamentablemente en algo inútil y estéril.

Quizás la cuestión no está sólo en lo que ha-

cemos -orar-, sino en el cómo lo hacemos, por eso dice el Papa: “El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás.

En la oración, el hombre debe aprender qué es lo que verdaderamente puede pedir a Dios, lo que es digno de Dios”.

El Papa dice que el orante: “debe aprender que no puede rezar contra el otro; que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea, ha de purificar sus deseos y sus esperanzas.

Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo, para encontrarse con Dios, la verdadera esperanza”.

Amigos, sólo así: “podremos hablar a Dios, y así Dios nos hablará a nosotros”, sólo así escuchará nuestros ruegos, e inflamará nuestra vida con la feliz esperanza.

Evangelio

(Jn 1, 29-34)

En aquel tiempo, vio Juan el Bautista a Jesús, que venía hacia él, y exclamó: “Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo he dicho: ‘El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo’. Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea dado a conocer a Israel”. Entonces Juan dio este testimonio: “Vi al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas que baja y se posa el Espíritu Santo, ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo’. Pues bien, yo lo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.